

Suscriben

En Murcia,
50 cts. al mes
Provincias,
8 reales tri-
mestre.
Pago adelan-
tado.

LA JUVENTUD LITERARIA

Se publica los Jueves y Domingos.

Año II.

Murcia 13 de Junio de 1889.

Núm. 49.

Anuncios.

Se escriben
en la Admi-
nistracion de
este periódico
Comunica-
dos, á precios
módicos.

Anuncio-tarjeta y periódico 4
reales al mes.
Número suelto 10 céntimos.

Redaccion y Administracion
APÓSTOLES 11, BAJO.

Colaboradores todos los suscri-
tores.
La correspondencia al director.

Fonda Universal

Situada: plaza de S. Bartolome
bajo la direccion de
DON FELIX CABEZOS

Este acreditado establecimien-
to montado al estilo de los de Ma-
drid, está siendo cada dia más
favorecido por el público, merced
á la actividad y celo que despliega
su propietario D. Felix Cabezos, á
quien secunda su servidumbre y
el entendido jefe de cocina que pro-
cura ofrecer á los viajeros esquisi-
tos manjares confeccionados con
especial limpieza y novedad.

La Juventud Literaria.

EL CASTILLO DE SAN SERVANDO

Cuando se recorre en ferro carril
la extensa llanura que separa de
Toledo á la capital de España, la
frecuente aparicion de esas torres
construidas bajo la influencia del
gran renacimiento, caracterizado
por Herrera en el Escorial, habla al
viajero de tiempos pasados, de aque-
llos tiempos, relativamente glorio-
sos, de los primeros Austrias, en
que se completó con monumentos
greco-romanos, la gran serie que
los pueblos y civilizaciones, desarro-
llados en nuestra Peninsula, han
dejado como testimonio de su es-
plendor.

La via férrea, la locomotora,
cuantas ideas despiertan estos dos
elementos de la prosperidad moder-
na, hablan al viajero, con el simbo-
lismo de las cosas que son encarna-
cion de una época hablante, del
comercio y de la industria cosmopo-
litas; necesitando estar muy versado
en las cosas artísticas para fijarse
en la muda protesta que el humilde
caserío agrupado en torno de las
antiguas torres, formula contra la

osada marcha del tren, que parece
peturbar el sosiego, la paz de un
pueblo levítico, interrumpir la exha-
lacion constante de preces y oracio-
nes que la voz de las campanas
envia purificadas á la ignota region
que habita el iracundo gran dios de
las regiones antiguas.

A pesar de estas protestas de las
torres, del primitivo afaño de los
campesinos, de los primitivos aperos
de labranza, de la paz de sepulcro
que constituye la nota saliente del
paisaje, de los vacios almacenes de
la linea, que parecen más que una
necesidad del comercio objeto de
lujo debidos al capricho inmotivado
de un génio burlon, el viajero entre-
gado á la locomotora se siente apóstol
de la nueva vida á que el vapor
ha podido arrastrar aun á los pue-
blos más tenazmente apegados á
sus añejos fanatismos hasta que,
comenzando á subir las rampas que
conducen á Toledo se ve cegado por
el solo destello de las grandes épo-
cas pasadas.

Arte, sublime religion en que
comulgarán eternamente los reza-
chados de todos los cultos, cuya efi-
mera vida se señala despues en la
historia con una página de absurdos
errores; arte, el arte eterno, eso se
desprende, en primer lugar, de
aquella multitud de vetustos y ma-
ravillosos edificios, y cuando el espi-
ritu ha alcanzado esa exaltacion
sublime que solo el arte puede in-
fundir, y el alma siente y ama y
odia con cuantas voluntades acumu-
laron sobre el austero monte las
calcinadas piedras que lo coronan
de cúpulas, torres, chapiteles y ve-
letas, se siente en las entrañas el
fragor de las pasiones que ardieron
en aquel horno, se ven como en la
pesadilla mil ardientes siluetas de
héroes, de bellísimas y cándidas
mujeres de aquellas ¡ay! que en
tiempos remotos eran tan buenas,
tan cándidas, tan amantes, y el más

sossegado mortal echa, sin querer,
mano á una imaginaria tizona, con
la cual se siente capaz de arrollar
los muros encantados tras de los
cuales el antiguo brillante mundo se
ofrece á nuestra admiracion, á nues-
tro cariño ferviente.

¡lustre Toledo! la simple con-
templacion panorámica de sus mu-
ros, de su apiñado caserío y de sus
torres, infunde más entusiasmo que
todas las crónicas juntas y revela
mejor el temple de nuestra raza y
su exaltacion cristiana.

Antes de llegar al puente de Al-
cántara, sobre el escarpado monte
que defiende su entrada, se alza el
castillo de San Servando; desgasta-
do, borroso, como las hojas de an-
tiquísimo libro que semejan apolilla-
do relicario en que las letras trans-
miten de época en época las joyas
del pensamiento.

Tal es su aspecto, ceñido y bravo
almogavar, de cristiano viejo y solda-
do invicto que esas modernas má-
quinas guerreras hijas del frio cál-
culo y puestas al servicio de intere-
ses menos culminantes de los que se
defendieron tras los sagrados muros
de San Servando, se habian de
avergonzar si algun dia contempla-
ran con su boca de antro que vomita
moles de acero, la sencilla y for-
midable valentia de sus vetustos
muros.

Poco despues de las guerras civi-
lis que motivó el testamento del
gran Fernando I, muerto Almamun,
que tan caballeresca acogida
dispensó al huido monje, despues
Alfonso VI, el reino de Toledo
arrastró una vida anárquica, hasta
que la imbecilidad de Yahia marcó
el limite de respeto que Alfonso se
habia trazado hacia el reino de su
antiguo protector Almamun, con-
quistando á Toledo; la reanimacion
del islamismo llevada á cabo por el
almoravid Yusuf, enfrente de los
divididos reinos cristianos, produjo

